

MOSCÚ

Eres un traidor, Vladímir, no bebes, ni una sola gota, cabrón, a pesar de los kilómetros de abedules quemados y esas voces roncas gritando que vamos a morir. Después de haber visto Moscú me haces esto, callarte, demasiado ebrio, puede que emborrachado por la vida te hayas dejado ir, mientras el tren llega precisamente a Vladímir: tengo una historia que contarte, Vlado, la escuché en Moscú, ya sabes, esa ciudad familiar y gris, con sus coches, las sorpresas de los bulbos de oro, flores amistosas que chorean lluvia. Decididamente, el viaje no es nada. Todo se parece a todo. Ese hotel soviético donde dormí ayer, con su cama de ochenta centímetros de ancho, su nevera vacía vibrando toda la noche, esas cortinas floreadas, la moqueta man-

chada y el papel pintado del color del culo de un mono, ni ganas daban de volver a acostarse. Trato de imaginar este lugar bajo el sol; seguro que sería todavía peor. Tengo que acostumbrarme. Un viajero debe acostumbrarse, dicen. Una disciplina, una práctica. Volodia, creo que no estoy hecho para viajar, ni siquiera contigo. Lo único que me interesa es la perspectiva de la amistad, del encuentro, pero por otra parte sé que eso no siempre está al alcance del viajero. La Patagonia, solo la Patagonia conviene a mi inmensa tristeza. Mentiras y nada más. Tú sabes a qué me refiero, la soledad y el aburrimiento de una habitación de hotel, donde no tienes nada que hacer, donde no haces lo que deberías hacer, dormir, beber, leer o escribir obras inolvidables. Nada de todo eso. El corazón templado de Moscú late en su ataúd de lava. ¿Cuántas horas me quedan por perder? Al llegar del aeropuerto he visto el monumento que señala el límite del avance alemán camino de Leníngrado, dos caballos de Frisia gigantes para detener los desmesurados carros de la memoria.

Еще не умер ты, еще ты не один...

Esas llamadas telefónicas que todos tememos en plena noche, a las tres de la mañana, despertado por la sintonía de mi móvil, reconocí un número ruso, Moscú, no era el de Jeanne. Durante un segundo pensé que había tenido un accidente, que me llamaban para decirme que estaba muerta, miré la pantalla del aparato, al final respondí, justo antes que el contestador automático, reconocí su voz, diga, yo también dije diga, ¿diga?, ¿diga?, ¿Jeanne? Mathias, dijo ella, y nada más, sí, soy yo, qué sucede, ¿te pasa algo?, ella respondió que no, tuve que repetir su nombre unas diez veces, ¿Jeanne?, ¿Jeanne? Pensé que estaría ebria y de repente le apetecía llamarme en medio de la noche, pero ella no decía nada, nada en absoluto, ni una palabra, yo no oía más que una respiración, ella estaba allí pero guardaba silencio. Al final me puse nervioso, le dije Jeanne, son las tres de la ma-

ñana, si no dices nada te cuelgo, y tras un buen rato se limitó a respirar de nuevo: es Vladímir. Y eso es todo, no valía la pena añadir nada más, me zambullí en el silencio.

Ocho días más tarde estaba en Moscú, donde no reconocía nada; había una nueva terminal en el aeropuerto de Sheremétievo, tenía la impresión de haberme equivocado de país. Jeanne me estaba esperando en la estación Belorusskaya, que yo tampoco conocía. Estaba lloviendo.

Ya no me acuerdo de en qué preciso momento tomé la decisión de hacer este viaje, de llevarte hasta Siberia, pero en Moscú, la ciudad de los mil tres campanarios y de las siete estaciones, yo temblaba bajo la llovizna cogido de la mano de Jeanne; ella estaba pálida, frágil, los ojos perfilados, con un olor a éter en el aliento, a vodka o medicamentos.

—¿Qué tal? ¿Se te ha hecho muy largo?

—El avión siempre se hace largo —le dije—. Tenía prisa por verte —le mentí.

—Yo también.

—¿Qué tal?

—No muy bien, la verdad, hace una semana que no duermo. Todo el tiempo pienso en él.

—Yo tampoco. No me va demasiado bien. En la maleta llevo más pirulas que ropa.

—Llevas una maleta muy pequeña.

—No voy a quedarme mucho tiempo. Por cierto, tengo algo que decirte: he reservado habitación en un hotel.

—Ya... ¿seguro que no prefieres venir a mi casa?

Lo dijo con una voz neutra, como si en realidad no le importase; me pareció que disimulaba, y yo también, por supuesto. Necesito estar solo, le dije. Qué gilipollez presuntuosa. De hecho, la necesitaba a ella, pero me negaba a admitirlo. Hacía unos dos años que no la veía, me pareció que su pelo castaño era más largo, sus labios más claros, su piel más blanca.

Tuve la sensación de ser un primo lejano que llega a un entierro. En dos años solo me había enviado una carta, una larga carta. A Vladímir lo había tenido varias veces al otro lado del aparato, creo que me llamaba a escondidas. Decía que todo iba bien, y ahí tienes el resultado, yo estaba solo bajo la lluvia con Jeanne y una maleta.

En el metro, ella se sacó del bolso una minúscula botella de perfume, se puso una gota

en la muñeca derecha y la frotó maquinalmente contra la izquierda.

Había olvidado ese gesto.

Se me encogió el pecho, me entraron ganas de abrazarla, de apretarla contra mí, de tenerla.

Solo la miré.

—Por lo menos podrías venir un rato a casa —me dijo.

Yo quería escapar de una velada fúnebre, sabía que íbamos a hablar de ti, que iba a ponerse a contarme y todo lo demás.

—Voy a dejar la maleta en el hotel.

Vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y brillaban, no tenía fuerzas para hacer nada por ella.

Jeanne me contó que muchos de sus amigos se entregaban a un nuevo deporte absolutamente extraordinario, una pasión capaz de llevarte al éxtasis y proporcionarte el mayor placer del mundo, el infierno es una ciudad que se parece mucho a Moscú, tú lo sabes, por supuesto me habló de ti y lloró, vi cómo temblaban sus manos, a punto estuve de echarme a lloriquear yo también y entonces fue cuando me contó esta historia, lo que iba a hacer un día de estos: suspenderse, como ella dijo. Es la nueva moda entre los jóvenes que buscan emociones fuertes, suspenderse, eso quiere decir que te aplican una pomada anestésica en los hombros, te introducen tres ganchos de metal en la piel de la espalda y te levantan, te suspenden en el aire a un metro y medio del suelo y todo tu peso pende de esos anzuelos que te estiran la piel, según parece no sangras mucho,

el dolor es soportable y acaba por provocarte un trance casi místico: al parecer tienes la sensación de perder tu cuerpo, de replegarte en esos tres puntos de dolor hasta que ya nada pesa, ya nada pesa, y me miró, Jeanne me miró, sus ojos estaban tan vacíos que tuve la impresión de que había recaído. Luego pensé que no, que si hubiese recaído no iría a suspenderse de unos ganchos de carnicero en un sótano moscovita. Caminábamos hacia el metro Taganskaya y otra vez empezó a llover. Era todo muy triste, me imaginaba a Jeanne con el torso desnudo suspendida en el aire y el dolor, los labios entreabiertos, sus ojos siempre tan vacíos, y yo que a mi vez no podía evitar sentir escalofríos, qué iba a hacer yo por mi dolor, qué es lo que podía hacer, no iba a ir a suspenderme, ni a encontrar así por las buenas la forma de fumar caballo u opio. Me quedaban tres o cuatro horas libres antes de ir a reunirme contigo en la estación de Yaroslav. Jeanne caminaba junto a mí: yo me sentía agobiado, no me apetecía que estuviese allí.

—Tendría que irme a la estación —le dije.

—¿No quieres que vayamos a mi casa? Tomaríamos té y nos meteríamos en la cama.

No respondí nada. Pensé que nosotros tres éramos muñecas rusas. Encajadas para siempre las unas en las otras, inútiles fuera, abiertas en dos y vacías. Ella se acercó a mí.

—Venga, vamos, no está muy lejos.

Yo sabía que si aceptaba no llegaría a tiempo a la estación, que me dormiría en sus brazos, que ella se dormiría en mis brazos, que volveríamos a meter una en la otra dos de las tres muñecas, la mediana y la pequeña.

Si yo iba a casa de Jeanne tú te irías sin mí.

—Jeanne, debo ir a la estación.

—Yo tengo la sensación de que tampoco vas a volver. Que también tú vas a perderte allá, en Siberia. Qué le vamos a hacer.

Cogió mi mano y la apretó. Yo me fijé en el lunar negro de su barbilla, no pude mirarla a los ojos.

—Jeanne, tengo que irme.

—Eres tú quien me coge la mano. Vas a hacerme mucho daño por nada. En mi casa estaríamos mejor.

Entonces pensé en el pequeño apartamento de Jeanne, metro Frunzenskaya, junto a un jardín bien arreglado donde nos gustaba ir en verano a beber cervezas. Te juro que si hubie-

ses estado allí acto seguido habríamos ido, habríamos bebido y tú nos habrías mirado beber como un traidor, como de costumbre.

—Ese viaje no tiene ningún sentido. Quédate conmigo.

Yo seguí con el dedo las venas de la mano de Jeanne hasta su muñeca. Abroché uno de los botones de su camisa, el segundo, creo; se le veía el sujetador negro y el nacimiento de los senos. No lograba irme, y ella tampoco. Permanecimos unos minutos sin decir nada, bajo la lluvia, sin mirarnos de verdad. Ella tenía razón, era yo quien no conseguía soltar su mano. Las falanges que me retenían en el mundo. Entendí hasta qué punto deseaba que Jeanne me consolase en la noche, que ambos nos consolásemos en la noche; a los niños grandes no se los mece.

Le di un beso en la frente, luego en los ojos, y temblamos. Hubo como una explosión silenciosa, y me fui.